



## CAPÍTULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quijote, yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

**B**ENDITO sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á Don Quijote y á Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hacer cuenta, que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de Don Quijote y de su escudero: persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel: y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron Don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sanson, cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero, aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los sospiros y rebuznos del rucio que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose, no sé si en astrología judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara: solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía, se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa, sino el zapato roto, ó las costillas quebradas: y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Dijo Don Quijote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á mas andar y con mas escuridad de la que habiamos menester, para alcanzar á ver con el día al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por

cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace mas valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas.—Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella, en parte alomenos que pueda recibir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la ví la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena.—¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo Don Quijote, adónde ó por dónde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías, ó corredores, ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios.—Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mi bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria.—Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó Don Quijote, que como yo la vea, eso se me da, que sea por bardas, que por ventanas, ó por resquicios, ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo, que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía.—Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo ví ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro, que pudiese echar de sí rayos algunos, y debió de ser, que como su merced estaba ahechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba, se le puso como nube ante el rostro y se le escureció.—¿Qué todavía das, Sancho, dijo Don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porfiar, que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí, ó Sancho, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas, que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron á labrar en el prado verde aquellas ricas telas, que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas<sup>1</sup>: y desta manera debia de ser el de mi señora, cuando tú la viste, sino que la envidia, que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de

<sup>1</sup> Véase la Egloga III de Garcilaso.

dar gusto, trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo, que en aquella historia, que dicen que anda impresa de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡O envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.—Eso es lo que yo digo también, respondió Sancho, y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el Bachiller Carrasco, que de nosotros había visto, debe de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen, al estriquite aquí y allí, barriendo las calles; pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese, sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, aunque por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da un higo que digan de mí todo lo que quisieren.—Eso me parece, Sancho, dijo Don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta destes tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama, que se podía dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las demás se quejó al poeta, diciéndole que qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que había nacido. Hizolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros, y aunque se mandó que nadie lo nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo

que se llamaba Eróstrato. También alude á esto lo que sucedió al grande Emperador Carlos Quinto con un caballero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses<sup>1</sup>, y ahora con mejor vocación se llama de todos los santos, y es el edificio que mas entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el Emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano, declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya, dijo al Emperador:—Mil veces, sacra magestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra magestad, y arrojar me de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo.—Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aquí adelante no os pondré yo en ocasión que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamas me habéis ni esteis donde yo estuviere: y tras estas palabras le hizo una gran merced<sup>2</sup>. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo armado de todas armas, en la profundidad del Tíber? ¿quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? ¿quién contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? Y con ejemplos mas modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles, guiados por el cortesísimo Cortes en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros mas habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama, que en

<sup>1</sup> O Pantheon.

<sup>2</sup> Anduvo el Emperador disfrazado por Roma (dice Sandoval: tom. II, año de 1536): y para mejor poder mirar su antigua grandeza subió encima de la Redonda, maravillado de tan suntuoso edificio. No añade lo demás: Cervantes lo sabría por otro historiador.

este presente y acabable siglo se alcanza, la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo que tiene su fin señalado: así, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia, á la envidia en la generosidad y buen pecho, á la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos, á la injuria<sup>1</sup> y lascivia en la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.—Todo lo que vuesa merced hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien, pero con todo eso querría que vuesa merced me sorbiese una duda, que agora en este punto me ha venido á la memoria.—Asolviese, quieres decir, Sancho, dijo Don Quijote: dí en buena hora, que yo responderé lo que supiere.—Dígame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos, ¿dónde están agora?—Los gentiles, respondió Don Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo.—Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora, ¿esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos, tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto no, ¿de qué están adornadas? A lo que respondió Don Quijote:—Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la aguja de San Pedro. Al Emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*, que agora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoleo en un sepulcro, que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna de estas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mos-

<sup>1</sup> Este es un yerro de imprenta notorio: *lujuria* debe decir.

trasen ser santos los que en ellas estaban sepultados.—A eso voy, replicó Sancho, y dígame agora, ¿cuál es mas, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante?—La respuesta está en la mano, respondió Don Quijote, mas es resucitar á un muerto.—Cogido le tengo, dijo Sancho, luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas y están llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo.—Tambien confieso esa verdad, respondió Don Quijote.—Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra Santa Madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas con que aumentan la devocion y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros<sup>1</sup>, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus mas preciados altares.—¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo Don Quijote.—Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzáremos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que segun ha poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñían y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas, y están en mas veneracion, que está, segun dije, la espada de Roldan en la armería del rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, mas vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero: mas alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos.—Todo eso es así, respondió Don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria.—Sí, respondió Sancho; pero yo he oido decir, que hay mas frailes en el cielo, que caballeros andan-

<sup>1</sup> En las procesiones, con que el año de 1565 y el de 1587 fueron recibidos en Toledo los cuerpos de San Eugenio y Santa Leocadia, llevaron sobre sus hombros las arcas el rey Don Felipe II, los príncipes Don Carlos y Don Felipe, y los archiduques Rodolfo y Arnesto sus sobrinos. *Rivadeneira: Flos Sanctorum. P. Miguel Fernandez: Vida, martirio y translacion de Santa Leocadia.*

tes.—Eso es, respondió Don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros.—Muchos son los andantes, dijo Sancho.—Muchos, respondió Don Quijote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin, otro día al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote, y se le entristecieron á Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor, de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho, qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente ordenó Don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas, que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad donde les sucedió cosas, que á cosas llegan.





## CAPÍTULO IX.

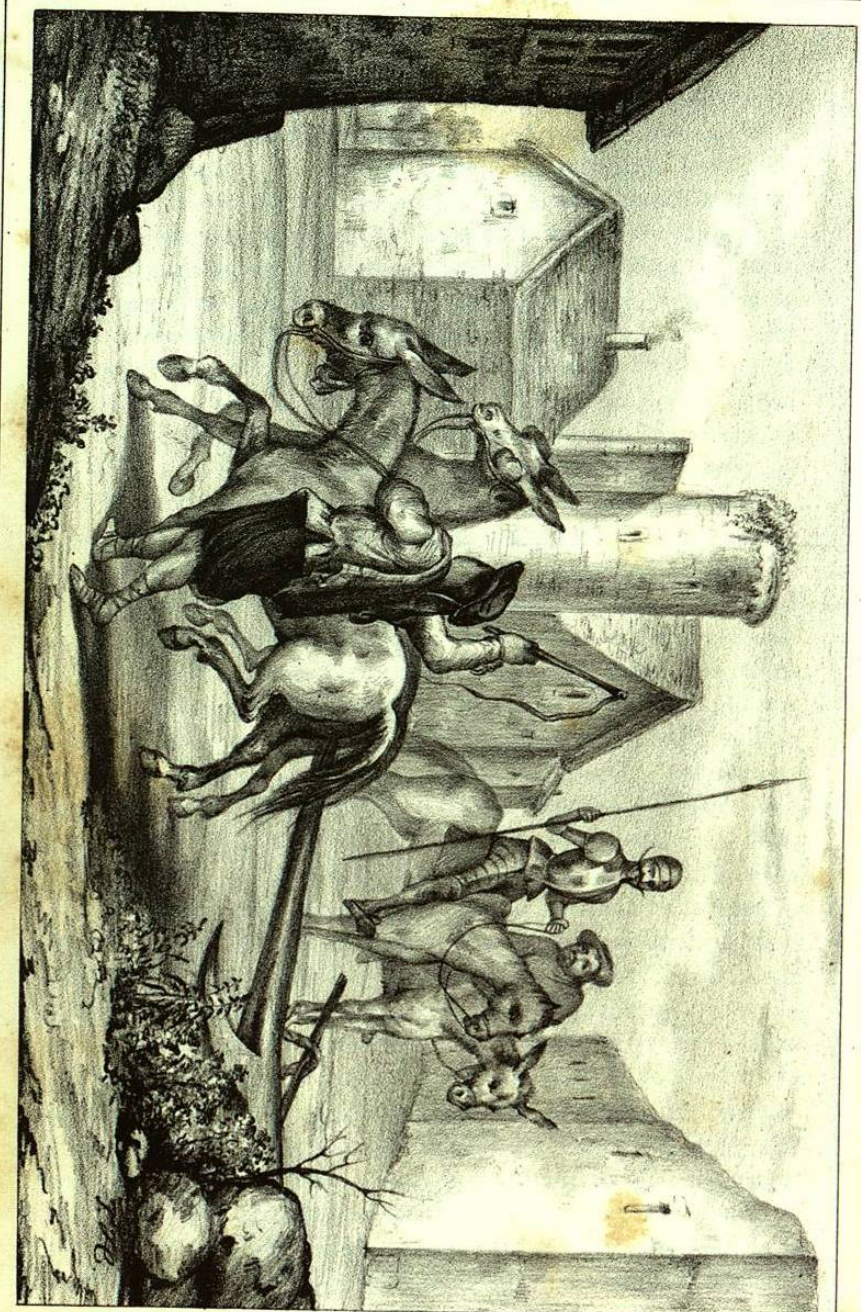
Donde se cuenta lo que en él se verá.

**M**EDIA noche era por filo <sup>1</sup> poco mas á menos, cuando Don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo oscura, por hallar en su oscuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos de perros que atronaban los oídos de Don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñían puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero, pero con todo esto dijo á Sancho:—Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta.—¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza, no era sino casa muy pequeña?—Debia de estar retirada entonces, respondió Don Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas.—Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿y será bien, que demos aldabazos, para que nos oigan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha á llamar á la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que lle-

<sup>1</sup> Verso tomado del romance del conde de Cláros de Montalban, que empieza así.

*Media noche era por filo,  
Los gallos quieren cantar,  
Conde Cláros con amores  
Non podía reposar, etc.*

gan y llaman y entran á cualquier hora, por tarde que sea?—Hallemos primero una por una el alcázar, replicó Don Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea.—Pues guíe vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo, como creer que es ahora de día. Guió Don Quijote, y habiendo andado como docientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo:—Con la iglesia hemos dado, Sancho.—Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimiterios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no me acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida.—Maldito seas de Dios, mentecato, dijo Don Quijote: ¿adónde has tú hallado, que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida?— Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso, quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes: y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados.—Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo Don Quijote, y tengamos la fiesta en paz y no arrojemos la sogá tras el caldero.—Yo me reportaré, respondió Sancho: ¿pero con qué paciencia podré llevar, que quiera vuesa merced, que de sola una vez que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces?—Tú me harás desesperar, Sancho, dijo Don Quijote: ven acá, herege, no te he dicho mil veces, que en todos los dias de mi vida no he visto á la sin par Dulcinea, ni jamas atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?—Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco.—Eso no puede ser, replicó Don Quijote, que por lo menos ya me has dicho tú, que la viste ahechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.—No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber, que tambien fué de oidas la vista y



11

DON QUIJOTE

Cap. IX.

la respuesta que le truje, porque así sé yo quien es la señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo.—Sancho, Sancho, respondió Don Quijote, tiempos hay de burlas, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga, que ni he visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien, que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas pláticas, vieron que venian á parar donde estaba uno con dos mulas, que por el ruido que hacia el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron que debia de ser labrador, que habria madrugado antes del día á ir á su labranza: y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hubiste, Franceses,  
En esa de Roncesválles<sup>1</sup>.

—Que me maten, Sancho, dijo en oyéndole Don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano?—Sí oigo, respondió Sancho: ¿pero qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesválles? Así pudiera cantar el romance de Calainos, que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien Don Quijote preguntó:—Sabreisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, ¿dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa Doña Duleinea del Toboso?—Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos días que estoy en este pueblo, sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo: en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar, entrambos, ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razon de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso, aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna; muchas señoras sí principales que cada una en su casa puede ser princesa.—Pues entre

<sup>1</sup> Este romance se halla en el *Cancionero* de Anvers, impreso en el año de 1555 en 16vo. p. 99, v. y dice así:

*Mala la hobistes, Franceses,  
La caza de Roncesválles:  
Don Cárlos perdió la honra:  
Murieron los Doce Pares:  
Cativaron á Guarinos,  
Almirante de los mares, etc.*

Los dos primeros versos varían de como los cantaba el mozo de mulas, y el segundo especialmente, donde se dice *caza*, en lugar de *esa*: y á la verdad la réplica de Sancho, fundada en la palabra *caza*, supone que está errado el testo.